

UN DISCURSO DEL SEÑOR DURAN Y BAS.

La prodigiosa actividad del señor Duran y Bas hace mucho tiempo que es proverbial en Cataluña y fuera de Cataluña. Mientras los jóvenes, los que mas deberíamos movernos, nos mecemos en las dulzuras del *réce* ó nos abandonamos á un vergonzoso *far niente*, él, ya anciano, aunque no viejo, según el vigor intelectual que demuestra, se mantiene despierto y activo, incansable; cuando, después del gran esfuerzo de la víspera creemos en un prolongado reposo de su inteligencia y de su pluma, nos sorprende con un nuevo alarde de labor y de estudio; y aun salidos de la Universidad encontramos en él al mismo maestro de siempre que, en la Academia, en la prensa, en el discurso, va persiguiendo nuestra indolencia con su voz vibrante que nos anuncia y nos esplica y nos comenta cuanto se agita y cae y se levanta en el campo de la ciencia, como invitándonos á ejercitar nuestras fuerzas en la pelea y animándonos á no desconocer nada de todo aquello que él tiene tan bien conocido.

No es extraño, pues, que aquellos á quienes un ligero artículo de revista deja nerviosos y pensativos por quince días, se sientan sobrecogidos ante un trabajo de exposición tan vasto y concienzudo como el discurso escrito por el señor Duran y Bas para la inauguración anual de la Academia de Jurisprudencia y Legislación que con tanto merecimiento preside.

Intentar un extracto ó comentario de dicho discurso, dada la materia y el plan del mismo, no es de este lugar, es decir, no es propio de un artículo de periódico diario, y tal extracto resultaría por añadidura engorroso y perfectamente insignificante. Porque siendo el discurso mismo, en su mayor parte un extracto (aunque luminoso y vivo) rápidamente comentado de las obras y de las ideas actuales sobre la acción del Estado en la vida social, el extracto de aquel extracto tendría que reducirse á un atropellado desfile de nombres, títulos, teorías sin color ni fisonomía ni ponderación; algo por el estilo de aquellos programas para uso de estudiantes noveles donde en una sola lección se sienta en el banquillo de la crítica á Kant, Hegel, Fichte, Locke, Schelling, Krause y mas que hubiera (y los hay), se les acusa sumariamente, se les condena en pocas palabras sin contemplación alguna, y se les ejecuta sin remisión, triturándolos de tal manera que á la lección siguiente ya no queda rastro ni polvo de ellos ni de sus teorías.

Semejante procedimiento daría una idea completamente falsa del discurso del señor Duran. Él no les teme á las teorías por mas seductoras que sean: las espone con claridad, sin pasión, hasta con cariño; anota su significación dentro del general movimiento y los elementos que cada una aporta al caudal científico; las agrupa, las distingue, las opone, las asimila, juega, por decirlo así, con ellas con singular desembarazo; las juzga después á la luz de un determinado criterio, y se queda al fin con sus convicciones tan íntegras y arraigadas como antes de aquel tempestuoso estudio.

Encerrado en el baluarte de «un orden moral anterior y superior al orden social» puede, con la mayor sangre fría, ver pasar la avalancha de las mas atrevidas y opuestas afirmaciones sobre la naturaleza y misión del Estado en la vida social, desde el cesarismo de Dupont White («á mayor fuerza, mayor necesidad de regla: á mayor vida, mayor número de órganos: la regla y el órgano de una sociedad son el Estado») hasta el individualismo utilitario de Stuart Mill («la única razón legítima que una comunidad puede tener para usar de la fuerza con alguno de sus miembros es impedirle que perjudique á los demás») y hasta los ultra-individualismos del *Estado-Gendarme* y de los anarquistas. Puede contemplar sin conmoverse las angustiosas abstracciones de Stein y las aficiones arqueológicas de Le Play, no sin recoger empero espresiones felices como la de Jannet: «El día en que el Estado nos suministrará el *ideal*, el mundo caerá en una servidumbre que desde la antigüedad no había conocido».

Un renombrado escritor francés decía últimamente refiriéndose al socialismo: «Una conspiración tácita, inconsciente se ha formado entre personas bien separadas entre sí, desde el proletario que se arroja ciegamente contra la máquina social hasta los conductores de esta máquina; la conspiración empieza en el odio

de abajo y acaba en la indulgencia de arriba; reúne los esfuerzos del hombre de acción y las complacencias del hombre del pensamiento; por caminos muy diversos les conduce á todos mezclados al fin anhelado por unos, temido por otros y desapercibido de la mayor parte.»

Pues bien; en el señor Duran no hay tales complacencias ni complicidades. Con penetrante mirada descubre como vicios fundamentales en ciertas teorías socialistas, un mezquino exclusivismo de clase, una aspiración meramente económica y por tanto falta de idealidad y de elevación, y una tendencia anti-natural, anti-humana, á destruir el régimen jurídico de la propiedad individual.

Y ni siquiera la novísima sociología con todos sus Spencer y Fouillée y con todos sus evolucionismos y atractivas asimilaciones naturalistas y orgánicas, logra, no ya desalojarle, sino ni hacerle ceder un solo ápice del terreno donde se halla, fuertemente abrazado á su bandera: «El hombre es un ser moral y social.»

Y no es que se empeñe en desconocer las conquistas de los que pelean en campo raso, ni que crea la ciencia estancada ó estacionaria, no; una de las afirmaciones más notables de su discurso es la siguiente: «Hoy la ciencia y la vida social no se desarrollan con la separación en que habían coexistido en otras edades; y hé aquí por qué los hechos que entretajan la historia contemporánea están identificados con las ideas que agrandan los horizontes de la ciencia en nuestros días.» Y como conquistas de esta ciencia contemporánea señala, en lo que se refiere al tema de su discurso, una tendencia á la limitación de las funciones del Estado, un mejor reconocimiento de la importancia de la personalidad humana, y el no buscar la finalidad del Estado como independiente del fin de los seres que se desarrollan con su auxilio. Pero como nunca pierde de vista un fin ético en la vida humana, no hace sino afirmarse más y más en su anterior convencimiento, y tras habernos hecho asistir (y habernos interesado, interesándose él mismo) á tan grande movimiento y agitación de ideas y de principios, acaba por decirnos, como síntesis y remate de su estudio, que la solución del problema del Estado consiste «en conciliar la libertad individual con la acción del Estado para realizar el fin humano, que es el cumplimiento de la ley moral». Y partiendo de ahí especializa á manera de conclusiones la relativa intervención del Estado en los diferentes órdenes de la vida y en los múltiples actos sociales. En estos tiempos de vaguedades é incertidumbres y misteriosos anhelos, no deja de ser un espectáculo muy interesante ver á un hombre como el señor Duran y Bas regresar de su excursión por el campo de las ideas con algo tan definitivo en la frente y algo tan terminante y categórico en la palabra.

Este espectáculo es el que hemos querido dejar entrever á nuestros lectores en el presente artículo, sin que hayamos pretendido dar una idea, siquiera sucinta, del discurso del señor Duran. En el mundo científico catalán, cada nueva publicación de dicho señor reviste los caracteres de verdadero acontecimiento, porque—doloroso es decirlo—él representa poco menos que por sí solo todo el movimiento estero de Cataluña en el campo de las ciencias morales y políticas.

Pueda su ejemplo ser aguijón para los que teniendo algo que decir nada dicen, y dejan pesar sobre él la representación exclusiva del pensamiento jurídico catalán. Entretanto, nadie podrá regatear al ilustre jurisconsulto el más cumplido tributo de admiración y de agradecimiento: de admiración por la magnitud del esfuerzo que representan trabajos como el que ha sido tema de estas líneas; de agradecimiento por su abnegación inagotable, por los inapreciables servicios que en uno ó en otro terreno nunca ha cesado de prestar, y ojalá pueda seguir prestando, á la ciencia y á la patria.—*J. Maragall.*

CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA

Madrid 29 de enero.

Sigue la peregrinación de candidatos á la Presidencia del Consejo y ministerio de la Gobernación, donde se saca ánima, ó acta para representar al país, aunque la voluntad de éste no quede por tales caminos muy libremente expresada. Los señores Sagasta y González (D. Venancio) se lamentan de ello, diciendo que tienen la cabeza hecha una devanadera y que no saben ya qué contestar á los